

Juan Buonuome,

Un diario para el pueblo. Periodismo de izquierda en la historia argentina,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2025, 256 páginas

El movimiento socialista internacional heredó de la tradición radical democrática símbolos e ideales, así como medios de acción, entre los que se destacó la prensa periódica. En la Argentina, el periódico *La Vanguardia* tuvo no solo un papel destacado en la tarea educativa y proselitista socialista, sino que, desde sus primeros días, fue el centro que impulsó la creación misma del Partido Socialista (ps) y, a lo largo de toda su historia, se constituyó en la voz pública y en uno de los principales recursos políticos del partido. Llamativamente, y a pesar del importante crecimiento que tuvo la historiografía de la izquierda en las últimas décadas, un actor tan importante como *La Vanguardia* ha sido abordado lateralmente sin ser objeto de un análisis específico. El libro de Juan Buonuome llena ese vacío con la reconstrucción de la trayectoria del más longevo e influyente de los periódicos de la izquierda argentina, y en diálogo con otro campo en expansión en años recientes como es el de la historia de la prensa periódica, y la reubicación de *La Vanguardia* en el pujante y competitivo mundo de la prensa de masas de la primera mitad del siglo xx.

Ese doble diálogo que entabla el autor se deja ver ya en la estructura del libro. Los capítulos primero y tercero recuperan la historia de *La Vanguardia* atendiendo

principalmente a su relación con el ps. Proponen una periodización que da cuenta de momentos clave en que el periódico experimentó transformaciones organizacionales, tecnológicas y discursivas orientadas a intentar conectar con un público amplio. El primer hito importante (explica Buonuome) se dio en 1897, momento en que se produjo un cambio en el tipo de intervenciones que jerarquizaba el periódico: menos debates doctrinarios y más noticias de actualidad. A ello se sumó la proliferación de contenidos de propaganda dirigida a un público popular: diálogos, correspondencias y poemas que usaban un lenguaje sencillo, cercano a la oralidad, y apostaban a una interpelación emotiva. En esta línea fue particularmente destacable, para Buonuome, la búsqueda del periódico por acercarse a un universo popular construido en torno a dimensiones más culturales que socioeconómicas, motivo por el cual este periódico hizo uso del lenguaje criollista y de la apelación a las ilustraciones.

El tercer capítulo aborda otros dos momentos clave en el proceso de modernización de *La Vanguardia*, como fueron los de 1905 y 1913. En ambos casos los cambios en el impreso siguen a triunfos electorales, los que, por un lado, a partir del aporte de las dietas de los parlamentarios, permiten

mejorar el financiamiento del periódico y, por otro, reafirman la necesidad de consolidar los apoyos obtenidos. En 1905, *La Vanguardia* se convierte en diario, lo que implica no solo un cambio de periodicidad sino también un replanteo: más peso de la información sobre la opinión. La primera columna ya no está ocupada por editoriales o comunicaciones de los centros partidarios, sino por telegramas. También ganan peso secciones similares a las de los grandes diarios, como “Municipales” y “Policía”, que presentaban una sociedad cruzada por el vicio y lo ilegal, en el juego, el alcohol y la prostitución, elementos que suponían una amenaza contra los valores de respetabilidad que se proponían para el trabajador consciente. El segundo momento de cambio, 1913, sigue a la sanción de la Ley Sáenz Peña y al primer gran triunfo electoral socialista. Buonuome destaca que, en el esfuerzo por atender al electorado diverso que había apoyado o podría apoyar al ps, surgen secciones dedicadas a espectáculos y deportes y otras orientadas a destinatarios específicos, como las mujeres, los niños y los jóvenes.

Mientras que los capítulos primero y tercero colocan a *La Vanguardia* en relación con la vida interna del ps, los capítulos segundo y cuarto sitúan al periódico dentro del espacio de la prensa argentina del período.

Así, Bonuome sostiene en el segundo capítulo que la mirada de *La Vanguardia* era particularmente dura con respecto a *La Prensa* (el diario más masivo y popular del momento), y argumenta que ese carácter popular, los servicios que brindaba y su seguimiento del movimiento obrero eran elementos que, por brindar parte de lo que el ps también ofertaba, acentuaban su enemistad. Con respecto al diálogo de *La Vanguardia* con *La Nación*, el autor considera que eran también los elementos compartidos –en este caso su discurso económico librecambista y su prédica institucionalista y republicana– los que llevaban a un cuestionamiento, planteado en términos de inconsecuencia y aun de falsedad.

En el capítulo cuatro el libro pone el foco en la mirada de *La Vanguardia* respecto de otro gran órgano de la prensa comercial, *Crítica*, y asocia el difícil vínculo entre ambos con un cambio en la mirada socialista sobre la cultura de masas. Con ello, el autor discute una periodización planteada, entre otros, por Dora Barrancos, que señala que en los años 20 se asiste a una flexibilización del “paradigma normativo edificante” que caracterizaría al socialismo de comienzos de siglo. Al respecto, Bonuome propone una interpretación diferente, casi opuesta: las posturas del ps y *La Vanguardia* fueron más flexibles a comienzos de siglo y fue en la década del 10 cuando se produjo un giro hacia una mirada más pesimista, que deploraba el protagonismo en la agenda pública del crimen y el juego. El autor afirma que,

desde comienzos de siglo, *La Vanguardia* buscó conectar con una sensibilidad popular antielitista no solo a través del criollismo sino también del tratamiento de situaciones escabrosas en conventos y cuarteles, lo que supuso una confluencia con la prensa popular vespertina representada por periódicos como *La Razón*. Un acercamiento que habría concluido con motivo de la conflictividad obrera en el debate público de fines de la década. Después del Centenario, señala el autor, *La Vanguardia* habría retomado el discurso centrado en lo popular, pero ya no lo plantearía en términos de confluencia sino de enfrentamiento con otros medios de prensa. Bonuome reconoce que este cambio se asociaba, en parte, con la disputa que el ps sostenía con la UCR, por haberse esta apropiado de las banderas de lo democrático y lo popular, y con el apoyo que, en esa disputa, otros medios habrían dado al radicalismo. Sin embargo, asigna un lugar secundario a esta explicación “política”, ya que considera que la ubicación de *La Vanguardia* en el concierto de la prensa estuvo determinada, fundamentalmente, por la toma de postura ante las cuestiones “del crimen, la violencia, el juego y la corrupción policial, dentro de una mirada cada vez más preocupada por los fundamentos del orden social” (p. 170).

Como prueba de que el problema iba más allá de la toma de partido en el escenario político, el autor cita el enfrentamiento con *Crítica*, un diario que no tenía un alineamiento político estable y

que, a mediados la década de 1920, había llegado incluso a apoyar a los candidatos del ps. Sin embargo, en esos días la Federación Gráfica Bonaerense (uno de los pocos gremios que los socialistas controlaban) declaró el boicot a *Crítica* y recibió el apoyo del ps y *La Vanguardia*. Bonuome subraya que el periódico asoció el apoyo a la medida con imágenes previas, destacando la vinculación de *Crítica* con el juego, la pornografía y la corrupción. Los socialistas afirmaban que ese diario mantenía una relación de complicidad y fascinación con el mundo del crimen, y denunciaba su vínculo con dirigentes políticos ligados al juego. La cuestión del juego motivó un proyecto de intervención a la provincia de Buenos Aires, bastión del yrigoyenismo. La propuesta fue cuestionada no solo por los yrigoyenistas sino también por *Crítica*, que sostuvo que el ps participaba de un “contubernio” con conservadores y antipersonalistas.

El abordaje del conflicto con *Crítica* da cuenta de una mirada que privilegia la historia cultural sobre la estrictamente política. A lo largo del libro las explicaciones tienden a dar primacía a la dinámica cultural de la sociedad argentina, en particular el desarrollo de una poderosa prensa comercial por sobre factores estrictamente políticos. Ello le permite a Bonuome proponer lecturas que no queden atrapadas por las polémicas del mundo de la izquierda, corriendo el foco de las disputas al interior del ps. Sin embargo, *La Vanguardia* era el periódico de un partido y las tensiones que experimentaba

el ps fijaron límites a su dinamismo cultural, límites que otros medios de prensa no tenían. Ello se hace visible en el capítulo cinco, que aborda la vida de *La Vanguardia* en los años 30, momento en que el impulso modernizador, orientado a conectar con un público amplio, se frena. El periódico deja de orientarse a un público popular y se dirige a los militantes socialistas. El autor considera que esto no se explica porque se detuvieran los factores que habían impulsado la modernización social y cultural –la ampliación del público, el desarrollo de los medios de comunicación de masas, la expansión de las clases medias–, sino por el cambio en las condiciones institucionales y políticas. El autoritarismo y las medidas represivas adoptadas por los gobiernos que siguieron al golpe de Estado que depuso a Hipólito Yrigoyen habrían llevado al ps a colocar la cuestión de la libertad de prensa en el centro de su prédica. Para los socialistas la principal amenaza ya no estaba representada por el mercado sino por el Estado, y ante el autoritarismo estatal se estrechaban los lazos con los antiguos enemigos de la prensa burguesa. Concluye el autor que después de 1930, y con la excepción de un breve período en que fue dirigida por Mario Bravo, *La Vanguardia* se desinteresó por hacer nuevos lectores y se orientó solamente hacia la militancia socialista.

Sin embargo, el libro no puede cerrarse sin abordar, en

el Epílogo, el papel muy visible de *La Vanguardia* en los años peronistas ni interrogar la famosa imagen del incendio de la Casa del Pueblo en 1953, en el que fueron destruidos sus talleres, ya para entonces clausurados. Buonuome cuestiona las lecturas que hicieron de ese período, y particularmente de esa imagen, las claves desde las que leer retrospectivamente la entera historia del ps como el resultado de una derrota: la de la izquierda ilustrada a manos del populismo plebeyo. Ante ello, el autor recuerda que a lo largo del libro dio cuenta de una experiencia más porosa de la izquierda, no desligada de procesos de transformación social. La crisis peronista, argumenta, exagera la concepción educadora y desconfiada de lo popular del socialismo.

El libro descansa en una mirada sobre la Argentina del novecientos: se trata de una sociedad con fronteras sociales móviles y extendido consenso liberal. La integración en ella habría obligado a los socialistas a sostener un diálogo fluido y complejo con otras tradiciones. Discutiendo con miradas que piensan la moderación del doctrinarismo del ps sobre la base de su relación con el Estado y la escuela, Buonuome sostiene que el mayor desafío para el proyecto socialista de elevación de las masas no se hallaba en esas instituciones, sino en la prensa burguesa. Destaca que *La Vanguardia* respondió a ese desafío planteando un discurso que no

solo interpelaba a oficinistas, maestros, chacareros y pequeños propietarios en clave de progreso social, sino que, apelando al criollismo, este impreso buscó acercarse a los sectores más postergados del mundo popular. Sin embargo, lamenta, luego del Centenario el periódico tendió a dar a lo popular un contenido basado en nociones de respetabilidad y familia coincidentes con la cultura de las clases medias en ascenso, lo que habría limitado el alcance de su interpelación. Un alcance que, posteriormente, se habría visto aún más restringido al concentrarse el discurso del periódico en la defensa de las libertades, y en primer lugar la de prensa, amenazadas desde el Estado.

La conclusión es que la fuerza de *La Vanguardia* se desplegó en el contexto de un Estado liberal que garantizaba libertades, una sociedad afluente y móvil y un floreciente mercado de bienes culturales. Ese es el fondo contra el que deben entenderse los aspectos más relevantes de la experiencia del periódico, y no contra su final en la experiencia peronista. Buonuome propone, en fin, mirar a *La Vanguardia* en su mejor luz y no en su ocaso. El ps y su periódico crecieron en el contexto de la Argentina liberal y declinaron con su crisis.

Ricardo Martínez Mazzola
Universidad Nacional de
San Martín / Universidad
de Buenos Aires